

ta darle el brillo y lustre del marmol con capiteles y basas barnisadas.

Nunca he pensado tanto a Vmd. como aora para que con su buen gusto e inteligencia me dirigiera esta obra que ha de quedar a la posteridad como prueba del reconocimiento de los Rosarianos acia su venerable Fundador. En fin yo he hecho y haré lo que pueda pues no estoy obligado a mas: quando haya lugar mandaré a Vmd. un diseñito de lo que se ha hecho. El Maestro de todo ha sido un capuchino muy inteligente y haviendo que ha venido de Valencia poco hace. No se si mi antecesor escribió a Vmd. si gustaba concurrir con alguna contribución para los grandes gastos que ocasionará a nuestro Colegio la grande función que deve hacerse en el día de la translación, pero yo estoy muy satisfecho del amor grande de Vmd. para su Colegio y esto me basta.

No puedo escribir a Vmd. mas largo porque estoy muy apurado con la oración funebre de cuyo empeño no sé como saldré; si quedare alguna cosa regular remitiré a Vmd. una copia.

Vdm. sabe que soy apasionado amigo y Capn. Q.
B. S. M.

FERNANDO CAYCEDO Y FLOREZ

Oración de estudios en el Liceo de La Salle

Distinguidos alumnos:

Es costumbre en estos cariñosos y nobles hogares del corazón y de la inteligencia celebrar cada año una fiesta en honor de los vencedores en las aulas; y es también esta fiesta el día en que unos y los otros os dais el ósculo de paz antes de separaros en diversas direcciones. Como pájaros que en sonoro manantial han acudido a beber

aguas puras, colmada un tanto vuestra sed, podréis a vuestro gusto buscar otros campos y otros cielos, para tornar mañana más sedientos aún en busca de la misma bienhechora fuente.

Estoy seguro de que durante el año lectivo que hoy termina, en cada uno de vosotros se ha verificado una inponderable, pero vigorosa y duradera transformación. No hay nada de lo que nos rodea que no influya poderosamente en nuestro espíritu. Desde el primer aliento de la cuna el medio va modelando al hombre de mañana, y es éste semejante a ciertas aves cuyas alas toman el color de las rocas en donde viven, lo cual constituye su más seguro sistema defensivo. Hijos de estos valles y estos montes, que son las formidables vértebras de la patria, de ellos habéis sacado los elementos de vuestra propia estructura. Debéis no olvidar que sois amasados con tierra colombiana, y que con tierra colombiana son amasados los animales, que con vosotros hacen vida común. La ardiente gota de sangre que palpita en vuestras venas lleva en sí el hierro de vuestras montañas y la savia de vuestras flores. De otro lado la historia de Colombia nos ha forjado de tal modo que sería imposible revelarnos contra ella. Sus glorias y sus infortunios, no menos que el influjo de sus tradiciones y sus leyes, tan hondamente han cavado en nuestro sér, que nuestro corazón vibra como una cuerda sonora al solo rápido y fugitivo pensamiento de que planta extranjera llegara a pisar, en són de conquista, nuestro suelo sagrado.

No hay duda que, como os dije, os habeis transformado en breve tiempo. Vosotros mismos ignorais la prodigiosa trayectoria que han seguido las ideas que se os han ido comunicando; pero el círculo de ellas, muy estrecho al principio, ha ido ensanchando sus radios luminosos; vuestra mirada intelectual, sin que os deis precisa cuenta, abarca horizontes inmensos, no presentidos por

vosotros, ni adivinados siquiera por los hombres de genio que en lejanos tiempos le trazaron a la humanidad rutas hasta entonces desconocidas. Tal vez mañana, cuando alguno de vosotros esté empeñado en algún combate silencioso por el bien y la verdad, encuentre de súbito la idea fecunda y salvadora que lo ha de confortar en la pelea; y esa idea que de repente hace su aparición en el antes oscuro firmamento del alma, había nacido en los infantiles juegos del colegio y había verificado misteriosa rotación en los arcanos de la subconciencia, a manera de esos astros que después de recorrer órbitas ignoradas, ocultos aún a los más potentes telescopios, surgen triunfantes entre el numeroso cortejo de luceros que celebran su venida.

Todas las artes y las ciencias se entrelazan unas con otras de una manera admirable, y la luz de la una ilumina los senos oscuros de la otra, formando todos una apretada cadena de verdades que ata los cielos y la tierra y que en definitiva no tiene otro objeto que conducirnos al Sol de la verdad indeficiente, último término de la ascensión del hombre a su destino. Sería imposible a un simple mortal abarcar el círculo dilatadísimo de todas las ciencias; pero cada una encierra tesoros de precio incalculable, y una sola de ellas puede producir en nosotros funciones de un orden desconocido a que no llegan las criaturas vulgares. Una bien dirigida educación formal os ha ido poniendo en contacto con los conocimientos que por su dignidad y valor son el fundamento de otros más vastos y de más complicados desarrollos, y os tocará mañana a vosotros mismos escoger el género de disciplinas en que habréis de ejercer vuestra actividad hasta el fin de la vida.

¿Amais acaso las lucubraciones de la filosofía? De seguro que no hay ciencia tan bella como esta de las razones últimas; y es en las profundidades del alma y la na-

turalidad en donde ella se complace en arrojar la luz de su tecz y vigilante lámpara. Pero no trateis de exagerar las fuerzas de la razón humana. Sin la ayuda que le presta la revelación celestial tiene que andar sin alientos, a tientas y a ciegas, y lo que es mediana claridad se tornará en oscuro laberinto. El hombre no es la medida de las cosas. Cuando un inspirado artista pugna por imprimir su ideal en el lienzo avasallado por su genio, él sí es la medida de la belleza con que deslumbra a los espectadores, los cuales no aciertan a adivinar cuanto queda oculto en el alma del artista. Así mismo nuestra débil inteligencia es medida por la verdad, cuyo autor único es el Artífice Supremo. En otro tiempo la fácil imaginación creadora de los griegos divinizó los arroyos y las fuentes, las selvas y los ríos, la gloria y el amor, el odio y la venganza. El filósofo moderno aspira a la divinización de su yo. La verdad queda entonces reducida a los cambiantes matices de las alas del colibrí; y las cosas son las móviles y pasajeras proyecciones de nuestra propia actividad espiritual. Es querer, dice Balmes, que en el umbral de la filosofía se siente la locura.

Uno de los objetos más bellos de la inteligencia son los que se refieren al derecho y la justicia. ¿Dónde podréis hallar su fundamento, si no lo colocáis alto, bien alto, en la balanza del legislador Divino? La lengua del Lacio, para cuyo conocimiento habéis tenido profesor muy docto, os allanará el camino, con el fin de que sigais el desarrollo de aquellas preciosas nociones a través de la antigua historia romana, desde sus más lejanos orígenes en los antecesores de las doce tablas hasta su solemne y definitivo eclipse entre las ondas del Rhin.

Algunos de vosotros os dedicaréis al arduo estudio de las matemáticas. Bien preparados estais para ellas, porque vuestros maestros se distinguen en todas partes por su consagración a tan severos conocimientos. ¿Qué más

digno de un carácter levantado que estas ciencias que en su misma aridez llevan el signo de su elevación? Las matemáticas son compañeras y amigas inseparables de la filosofía, y en el curso de vuestros estudios os tropezaréis a menudo con el genio vario, rígido y profundo de Pascal. Estas ciencias infunden en el alma orden y método, dos bases muy sólidas para toda disciplina intelectual, y al propio tiempo dan al criterio rectitud y firmeza, cualidades que deben transparentarse en la dirección de la existencia.

La Edad Media puso la aritmética, la geometría y la astronomía como fin y remate del famoso *quadrivium*, en que terminaba el ciclo de la educación juvenil; y en concepto de los filósofos griegos la música y los números eran necesarios para producir en el ánimo la sabia armonía. Podréis encontrar individuos que debido a una deficiente instrucción unilateral lleven su locura hasta negar la existencia del Sér Supremo; pero quizás no encontraréis a un solo hombre de los que se entregan a las ciencias exactas que incida en tamaño delirio, porque en todos sus cálculos surge a cada instante ¡la noción de lo infinito. Los matemáticos no consideran los astros, como es natural, desde el punto de vista de los poetas; y si bien para éstos son flores de luz que se abren en los jardines de los cielos, para aquéllos son cuerpos sometidos a las leyes inmutables del sistema sideral; y si a las ilimitadas y luminosas parábolas de los cuerpos celestes no alcanza el telescopio, los astrónomos, como Kepler, las siguen en el hondo espacio con la punta de su pluma, y quedan sumidos en religiosa admiración ante el creador de tan portentosas maravillas.

A muchos de vosotros tocará también en suerte ahondar más y más en el distrito siempre más amplio de las ciencias naturales. Os felicito por ello desde ahora. Las ciencias de experiencia y observación han alcanzado tan

rápidos adelantos en nuestros tiempos, que podemos decir andamos deslumbrados y atónitos ante sus insólitos prodigios. El hombre ha llegado a dominar los ocultos tesoros de la tierra y el lecho de coral y algas del océano, y ya no contemplará con melancólica envidia el vuelo majestuoso del águila real, sino que audaz competidor de sus ágiles alas se mecerá como un ave gigantesca en el regazo de las nubes. Ha sumergido también su aguda mirada en los arcanos de lo infinitamente pequeño, y un universo invisible han mostrado los innumerables ejércitos de vidas que en orden de batalla eliminan las más útiles y preciosas en el espacio de muy pocas horas. Vuestros solícitos profesores tienen puesto a vuestra disposición un magnífico laboratorio, y vosotros mismos sois los que habéis sorprendido los múltiples fenómenos que se producen sin cesar en el seno de las cosas.

No faltará acaso quien busque alivio a sus trabajos en los ensueños del arte y la belleza. ¿Qué personas más dignas de respeto y amor que el poeta y el artista? Su misión es la más dulce y desinteresada de todas. Son ellos los que traducen los anhelos, las esperanzas y las angustias de los pueblos. Los cantos de los poetas son los que hacen revivir en épocas de decadencia el sentimiento nacional. A menudo han conducido a los guerreros al combate y en ocasiones también han escrutado el porvenir en distante lontananza. No vais a creer que el arte es un vano y frívolo juego. Su influencia es de tal modo trascendental, que la religión y la patria lo han mirado siempre como su aliado más eficaz y necesario en todos los ángulos de la tierra y en todas las épocas de la humanidad. ¿No lo habéis oído llamar con pomposa frase, la religión de la belleza? Una mera estrofa puede conmover a una nación entera; un trozo de mármol tirado entre las ruinas de un templo os dicen más que muchas sabias disertaciones, y el bronce de una es-

tatua agrupa en torno suyo ruidosas multitudes que se funden en el encendido crisol de un solo pensamiento.

Suprimir la literatura y la poesía en el mundo sería suprimir el más valioso alimento y estímulo del alma. Pero tened bien presente que una y otra deben encumbrar y enaltecer las más preclaras aspiraciones humanas. El arte no puede arrastrar por el suelo su recamado manto de púrpura y todo será menos poesía, esas artificiosas y extrañas combinaciones de palabras que no obedecen al ritmo musical ni le hablan nada a la inteligencia. Si queréis ser grandes escritores; si aspiráis a que vuestro nombre figure en la memoria de los pensadores patrios, tenéis que prepararos primero, amamantando vuestro espíritu en la leche de la Sabiduría. No es posible creer en el milagro del saber infuso. Las águilas que más alto se ciernen han tenido que ensayar antes sus remos de acero en las alturas de las rocas. Sed modestos, que este es uno de los atributos del talento. No vayáis a creer que porque os es fácil, como a todo colombiano, emborronar unas cuantas cuartillas, ya estáis en camino de trazarle nuevas formas a la literatura y otros rumbos a la República. Son muy pocos los felices mortales que casi por divina intuición columbraron desde niños los magníficos secretos de la ciencia y el arte.

Es preciso que vosotros mismos tratéis de elaborar vuestra cultura, lo cual no se alcanza de un golpe, sino merced a redoblados y tenaces esfuerzos. Vuestra mano a este fin ha trazado durante el año los sinuosos contornos del mapa colombiano, y con ojos atentos habéis seguido las curvas de sus graciosas ensenadas, sus risueñas bahías y azules golfos. Es vuestro propio interés el que ha recorrido con el lápiz el curso caprichoso de los patrios ríos desde su pobre origen, casi siempre en heladas grutas cubiertas de helechos hasta su majestuosa entrada en los mares que lamen nuestras costas. Habéis la-

brado con amor nuestras montañas, en las cuales se ocultan los codiciados filones de oro y plata y esmeraldas, y habéis señalado con objetos simbólicos los recatados valles en donde rumian pastos succulentos las greyes lucientes; los avaros terrenos en que se alzan las rumorosas cañas del maíz; las en que madura el café su rico y perfumado grano; las en que extiende el tabaco sus lánguidas hojas. Todo lo habéis fijado en vuestros mapas, y en ellos no se echan de menos tampoco las nacientes industrias que serán mañana emporio de bienestar, trabajo y riqueza.

Os habéis ensayado también en muchas y variadas obras manuales, con lo cual habéis logrado adiestrar vuestros dedos, bastante torpes aún, y aguzar vuestras ricas facultades inventivas. Gracias a estos provechosos ejercicios habéis conseguido fijar la atención, tan débil en los primeros años. Es que la fantasía en esta edad gira de aquí para allá como inquieta libélula sin dar un punto de reposo. Las obras manuales tienen singular importancia en los benéficos resultados de la educación, por que son dulce acicate a la inteligencia y plácido recreo a la imaginación. No hay nada que amemos tanto como las cosas que hemos fabricado con nuestras propias manos, aplicando el corazón y la mente, por que allí hemos puesto nuestra propia personalidad, por que allí palpita mucho de nuestro propio ser, por que en este caso hemos creado algo, aunque en escala muy pequeña, y en esto nos asemejamos al tífico divino, que ha dejado sus huellas en nosotros.

Hacéis parte vosotros de los numerosos combatientes que La Salle agrupa en los diversos puntos de la ciudad, y este año ha sido fecundo en glorias para vuestro estadio. Habéis conquistado ínclitos premios en el balompié y en el salto y en la carrera y en el disco. Vuestros equipos han oído resonar una vez y otra vez los clarines

de la victoria. Todos estos deportes os han hecho ágiles en el acometer, serenos en el resistir, generosos en el admirar el triunfo del luchador afortunado. Vuestros músculos han alcanzado dureza y flexibilidad que antes no tenían; vuestros sentidos todos se han tornado más dúctiles y sutiles; vuestra sangre ahora corre como rica, sana y abundante fuente. Tántas envidiables prendas harán alegre vuestra juventud y vigorosa vuestra vejez, y os será fácil en cualquier circunstancia afrontar la lucha por la vida sin temor a la derrota.

Hasta ahora no ha habido cosa que perturbe la eutimia de vuestra existencia. Pero ojalá que en el curso de la vida todo tuviera la feliz consonancia de las aulas. Estáis con todo, formados para la brega diaria, y a este fin la naturaleza y la educación os han dado los medios adecuados de resistencia para soportar los embates redoblados de los sucesos y los hombres. Ellos se complacen en arrojar espinas en el camino de los más nobles anhelos, y no hay grande ni pura virtud cuyas manos inocentes no hayan pasado por las duras y punzantes esposas de la envidia. Orad y trabajad sin descanso, que en ello encontraréis el ábrete sésano de la próspera fortuna. Recordad que en la vida como en los ríos una onda empuja a otra onda, y el que quisiera detenerse perecería víctima de su arrojo e imprudencia. Avanzar todos los días debe ser vuestro lema. No importa que encontréis obstáculo tras obstáculo, con tal que sepáis vencerlos con intrépida constancia. Sed como el soldado de las falanges romanas, a quien sólo moribundo le era permitido soltar el escudo de las manos.

Algunos de vosotros habéis terminado ya vuestros estudios en este Liceo y mañana pasaréis a las altas facultades universitarias. Os halláis apenas en la primera etapa de vuestra carrera. Estáis a la mitad de la subida y habéis de tomar aliento para cumplir la ascensión has-

ta la cumbre. Vuestros ilustres maestros no continuarán de hoy en adelante como guías y directores de vuestra educación, y en lo sucesivo seréis los centinelas de vosotros mismos. Tenéis que conservar en todo su vigor la fortaleza de esperanzas y de fe que os han entregado para su defensa, y no habéis de olvidar ni un solo instante que sólo tres excelsos objetivos son dignos del hombre: la religión, la patria y la familia.

He dicho.

LUIS MARÍA MORA

Noviembre 15 de 1926.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El latín clásico enseñado como lengua viva

Cuando mi excelente amigo el señor presbítero doctor don Héctor H. Hernández se sirvió enseñarme el manuscrito de la gramática latina que viene preparando desde hace muchos años y que piensa publicar dentro de poco, creí, al ver el título, que se trataba de alguna aplicación del método de Ollendorf, que para enseñar latín es anti-científico y poco menos que inútil.

Las lenguas vivas se aprenden principalmente por el oído, mediante la pronunciación; los idiomas muertos se adquieren por la vista, mediante la escritura. La razón de esta diferencia es obvia: las lenguas que llamamos sabias; ya no se hablan; y en cada país las palabras se pronuncian de manera diferente. Así, por ejemplo, el vocablo latino *genus* tiene una misma escritura en los libros impresos en diversas naciones; pero tiene pronunciación distinta en boca de un italiano, de un español, de un francés, de un inglés y de un alemán.

Hablar familiarmente en latín clásico es un imposible. Los contemporáneos de Augusto no conocieron el chaleco ni la corbata, el chocolate ni el café, la silla de